

hoy mismo pueden torturar a alguien en Irlanda, en Francia, en Alemania, en este mismo país». Y continúa la acusación: «Los alemanes ya no tienen más remedio que reconocer la existencia de una cierta caza de brujas en la RFA. Los franceses desempolvaban el pasado inmediato para descubrir, con horror, que la persecución, tortura y muerte de colaboracionistas, en la idílica Francia liberada, no fue más que una brutal repetición de las monstruosidades nazis. Y que fue también la Francia de los derechos humanos la que prefiguró, en Indochina o en Argelia, lo que luego se divulgaría como invento norteamericano, a partir de Vietnam».

El rasgo nuevo es hoy la racionalización del dominio que ejerce la clase capitalista. Los avances científicos y el desarrollo tecnológico, junto con los medios de comunicación de masas y la industria de la cultura, se convierten en este contexto en instrumentos que consolidan y fortalecen esa dominación. J. L. Fábregas Póveda explica en **Institución y tortura encubierta** que el objetivo perseguido no es ya «el conseguir el conocimiento que el otro oculta sino la sumisión y modificación de su conducta. Persigue integrar el comportamiento del torturado en la escala de valores y normas que sostienen al torturador (...) en segundo lugar, el torturador actúa como emergente de aquellas instituciones que sin estar vinculadas al control explícitamente coercitivo cuidan de la acomodación de los individuos a la normativa propuesta por la ideología dominante».

Quedan aquí incluidas las instituciones sanitarias, educacionales, religiosas, asilares y penitenciarias. «En estos contextos —sostiene Fábregas— la tortura suele quedar ética y velada en la conciencia de quien la ejerce, quien la contempla e incluso de quien la recibe. Todos ellos pueden llegar a percibirla como penitencia purificadora y beneficiosa o como tratamiento médico imprescindible, por citar dos ejemplos de mixtificación».

Ante la tortura científicamente aplicada, afirma Nicolás Caparrós al hablar de los **Efectos de la tortura sobre la personalidad**, el ser humano se encuentra, en última instancia, inerte. Además, le provoca unas alteraciones a medio plazo que pueden ser irreversibles.

Junto a las ponencias de carácter estrictamente científico y médico que en aquella ocasión se presenta-

ron, el texto recoge los testimonios de mujeres, niños, homosexuales y perseguidos políticos, para finalizar con las **Conclusiones** adoptadas, entre las que se destacan:

1. *Que se defina el delito de tortura, no reducida exclusivamente a la cometida por los funcionarios.*

5. *Que se supriman los cuerpos médicos, como funcionarios al servicio de las instituciones de confinamiento, y se sustituyan por profesionales nombrados por sus respectivos colegios.*

6. *Que se estimule el cumplimiento del deber legal de los médicos, conforme al artículo 262 de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, de denunciar los hechos delictivos (torturas) de que tuvieron noticias por razón de su cargo o profesión.*

8. *Que la policía sea judicial y que el control de todo tipo de reclusiones, incluida la psiquiátrica, se realice por vía judicial con audiencia y defensa de la persona recluida o sus representantes.*

9. *Que los medios de información coadyuven a la erradicación de la tortura mediante la denuncia pública de los actos atentatorios a la dignidad de las personas.*

11. *Que se constituya una comisión parlamentaria de vigilancia de los derechos humanos de los detenidos, presos, condenados, menores, instituciones docentes, enfermos psíquicos, hospitalizados y de los distintos colectivos sometidos a una disciplina. ■ GRACIELA COLOMBO.*

## LA LARGA MARCHA DEL CARLISMO

Como afirma el autor (1), sin disputa, el carlismo era en 1931 el mejor ejemplo de movimiento ultraconservador de larga trayectoria histórica —en 1930 se había celebrado su centenario—, y aunque no siempre había presentado una apariencia doctrinaria unificada, dividido como

(1) Martin Blinkhorn, **Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939**. Grijalbo, Col. Crítica, Barcelona, 1979.

se sabe en sectores que luchaban por el poder, pudo mantenerse en la brecha política hasta la actualidad. Es que el carlismo se mostró, con el paso del tiempo, animado por un dinamismo que permitió su supervivencia desde la época de su nacimiento como postura política, en el agitado panorama español del reinado de Fernando VII.

El profesor Martin Blinkhorn, de la Universidad de Lancaster, emprendió su investigación sobre el tema entre 1965 y 1968, y culminó la preparación del libro que hoy comentamos, para su primera edición, en 1975. Este año, Grijalbo nos ofrece la versión en idioma español de este importante trabajo. La idea central de la obra es el estudio de la actitud política del carlismo, que el autor cataloga entre los movimientos populares de extrema derecha, durante el periodo comprendido entre 1931 y 1939. Pero el estudio de época tan compleja obliga al investigador inglés a establecer continuas referencias con fechas mucho más alejadas: los orígenes del carlismo, sus postulados esenciales durante el siglo XIX, sus posteriores transformaciones y el papel cumplido por sus ideólogos más destacados, como Vázquez de Mella o Victor Pradera, por ejemplo. El examen, aunque somero no por ello menos documentado, de esta amplia plataforma histórica, aparece como tarea obligada para el desarrollo de la tesis sustentada por el autor. Por fuerza, el examen del camino recorrido por un movimiento político de tan profundas raíces históricas requiere el planteo metodológico que Blinkhorn ha propuesto, ya que tan sólo de esta manera es posible proveer de explicación a la persistencia de ciertos arcaísmos en la posición de los carlistas en el siglo actual, así como la existencia de un hábito romántico que pudo atraer a los sectores juveniles, sobre todo en regiones como Navarra, donde el carlismo tenía mayor arraigo histórico.

Las masas carlistas, mayoritariamente rurales en el siglo pasado, se encontraron extendidas por toda la península y así lo demostraron en la primera de las guerras carlistas, en 1833. Pero luego del fracaso militar sufrido por el movimiento en 1839-40, debieron replegarse y «se las encuentra concentradas en el interior de un extenso triángulo, predominantemente montañoso, del terri-



torio que abarcan las provincias vascas, Navarra, Aragón y las comarcas interiores de Cataluña y Levante», nos dice el autor.

Aunque esta zona estuvo caracterizada por la existencia de una mayor concentración numérica de propiedades de tamaño medio, no se agota la comprensión del carlismo como fenómeno político-social si se le considera tan sólo como un movimiento impulsado por el campesinado conservador. En Aragón, por ejemplo, se integra al movimiento buena parte del campesinado más empobrecido. «Así pues, el carlismo popular presentaba un doble aspecto: el del conservadurismo y el de la protesta». Precisamente, el problema señalado por el autor inglés, de gran importancia para un conocimiento más profundo del desenvolvimiento de las actividades carlistas, ha sido desarrollado, según es de nuestro conocimiento, por Josep Carles Clemente en **Los orígenes de la base popular del carlismo**, Tesina de Licenciatura todavía inédita. El profesor Blinkhorn señala, también, la existencia de tres tendencias que se disputan la hegemonía del movimiento, y que serían: la integrista, la tradicionalista y la foralista, esta última subsumida a partir de la radicalización de Comunión Tradicionalista en los años treinta.

Los deslizamientos hacia otros sectores políticos no fueron infrecuentes en el movimiento carlista, como en Aragón, donde la fe religiosa —uno de los pilares de la ideología que, junto con el tradicionalismo aglutinaba a sus partidarios— se fue debilitando en el campesinado por la prolongación de unas condiciones de vida demasiado duras. La actitud contestataria del trabajador rural se fue trasladando, entonces, hacia posiciones republicanas o anarquistas. En cambio, el carlismo vasconavarro mantuvo su característica de fenómeno de masas hasta el siglo XX, debido a los rasgos socioeconómicos de la región, para cuyos habitantes la eliminación de los fueros, propuesta por el liberalismo en las épocas que éste asumió el poder, constituyó una amenaza que los volcaba hacia las filas carlistas. Apunta, asimismo, el historiador inglés, que mientras en el resto de España el movimiento carlista se distinguió por protagonizar estallidos esporádicos y conoció sensibles descensos en el fervor de sus militantes, en regiones



como Navarra y el País Vasco era capaz de promover levantamientos masivos, por lo menos en las áreas rurales. No obstante, opina: «Todavía está en mantillas una investigación seria de la composición sociológica y significación del carlismo decimonónico, pero se pueden y se deben ofrecer algunas conclusiones aproximativas. El carlismo, según parece, fue un movimiento primordialmente basado en aquellos elementos de la sociedad española que se vieron dañados o simplemente eran hostiles al desarrollo del capitalismo moderno en la agricultura e industria, aunque, sin embargo, en su mayor parte estaban directamente implicados en las relaciones capitalistas. Ni los terratenientes y latifundistas de la España del centro y del sur, ni la burguesía financiera industrial en ascenso, ni la pequeña burguesía numerosa y conscientemente «liberal» de todo el país —clase cuyos miembros se vieron obligados a agarrarse de los faldones de los más poderosos— ni el creciente proletariado formado por asalariados industriales y agrícolas, mostraron demasiado interés por el carlismo. El carlismo tenía sus partidarios predominantemente provincianos y rurales, en diferentes proporciones según las regiones, entre los pequeños y medianos propietarios campesinos, arrendatarios y aparceros, artesanos, el clero y una minoría de católicos devotos dentro de la burguesía; en resumen, aquellos sectores de la sociedad española que habían entrado en una decadencia absoluta o relativa, o que

se aferraban ansiosamente a lo que parecía su amenazada posición de *modesta condición y bienestar*».

Si el carlismo tiene una historia interna, que nos resume aquí Blinkhorn, ésta ofrece, como faceta sobresaliente, la lucha de tendencias para imponer su concepción ideológica en el movimiento. La corriente integrista y la tradicionalista pudieron actuar unificadas en las guerras carlistas que sus dirigentes promovieron en el siglo XIX; pero la línea foralista creó una cierta distancia entre este sector, por cierto más popular, y los anteriormente mencionados. No se insinuaron con demasiada dramaticidad estas diferencias a la hora de actuar, pero el núcleo foralista se convertirá, a la postre en el verdadero germen del Partido Carlista. Precisamente, estas contradicciones internas del movimiento, que ofrecía a sus observadores facetas de indefinición, abrieron la posibilidad, manejada por sus dirigentes en fecha bastante cercana, de presentar al Partido Carlista como un movimiento de masas integrado mayoritariamente por el proletariado rural, aspecto que es ampliamente analizado en esta obra.

¿Qué ha sido lo que permitió al carlismo mantenerse en la palestra política española cuando los fenómenos históricos, tan temidos por sus dirigentes, se habían vuelto ya irreversibles en el mundo actual? Porque el industrialismo, el crecimiento urbano, y con ellos la aparición de nuevas ideologías canalizadoras de la protesta social y, de alguna manera originadas por los fenómenos modernizadores, parecían decretar con su sola presencia la extinción del movimiento carlista por agotamiento de sus posibilidades de representatividad. Según la explicación de Blinkhorn, la permanencia del carlismo, como opción política para algunos sectores de la población española, se debió a su capacidad de transformación y de aprovechamiento coyuntural de las nuevas circunstancias que la historia europea se encontró viviendo al comenzar el siglo actual. «El último cuarto del siglo XIX fue testigo del nacimiento en muchas partes de Europa de expresiones organizadas por una hostilidad de derechas contra el liberalismo; el nuevo siglo iba a demostrar el poder que estos movimientos podían llegar a tener. Suponiendo que un fenómeno similar podía producirse en



España, el carlismo llevaba ventaja sobre cualquier rival potencial. Pero la propia profundidad de sus raíces históricas constituía también un obstáculo que dificultaba a los carlistas la aceptación de innovaciones en las perspectivas y planteamientos políticos de su movimiento. Era éste un problema serio, porque para desarrollarse en las condiciones del siglo XX como un oponente eficaz del liberalismo español, para conservar la fidelidad de las fuerzas que lo apoyaban y conseguir nuevos adherentes, el carlismo tenía que evolucionar con los tiempos. En particular, tenía que desarrollar su ideología y su programa y formular una estrategia política creíble y eficaz». Esta estrategia y ese programa fueron desarrollados, poco a poco, por hombres como Vázquez de Mella, Víctor Pradera, Rodezno y, finalmente, Fal Conde. El carlismo se apresta, desde entonces, a tomar el poder por las armas y cuando las autoridades suprimen las escuadras armadas del movimiento en 1900 y 1902, éstas reaparecen, una década más tarde, organizadas en el Requeté, integrado por jóvenes militantes. El autor sigue, a través de la documentación ofrecida por la prensa carlista, el desarrollo de los ataques de sus dirigentes contra la República, levantando el tradicionalismo y el catolicismo como banderas ideológicas, de forma tal que su postura llegó a resultar incómoda, incluso, para el Vaticano que, pese a sus buenas relaciones con la monarquía alfoncina, no deseaba, una vez implantada la República, verse complicado en enfrentamientos con el gobierno. Por otra parte, la actitud combativa de los carlistas se materializó al ser reestructurado el Requeté, gracias a la eficacia organizadora de Fal Conde, y cuando parecía próximo el choque armado de 1936 era ya imposible ignorar la potencialidad armada que ofrecía su concurso.

La lucha en la cúspide del poder entre Rodezno y Fal Conde, las reticencias de los dirigentes carlistas para oficializar una aproximación con Falange Española, los posteriores acuerdos entre Comunión Tradicionalista y Falange, así como los contactos mantenidos con Mussolini, son aspectos analizados con prolijidad en esta obra. También se estudia la participación del carlismo en el alzamiento de 1936, el alejamiento de Fal Conde, obligado a exiliarse

como consecuencia de su oposición a la fusión de las fuerzas autónomas con el ejército y el plan, recientemente concebido, de crear una Academia Militar Carlista. «En 1939 —nos dice Blinkhorn—, y por primera vez en la historia de su movimiento, los carlistas terminaban una guerra civil en el lado de los vencedores. Pero aún así, no fue ésa la guerra carlista definitiva y triunfante soñada por algunos, que había de dar paso directamente a la monarquía tradicional». Efectivamente, tuvieron que compartir la victoria con los aliados y, poco a poco, el carlismo fue desdibujándose en la España nacionalista aun cuando muchos de sus hombres participaron en las tareas del nuevo gobierno.

La obra configura, en definitiva, un modelo de trabajo empírico, del cual la escuela histórica inglesa ofrece buenos ejemplos, pero contiene, en el desarrollo de sus capítulos, abundante material de reflexión. Podrán aceptarse o rechazarse las conclusiones del autor, pero se trata, y esa es su ventaja, de un libro escrito con cierta distancia. Como el mismo Blinkhorn escribe en su prólogo a la edición española: «Contrariamente a muchos que han escrito sobre el carlismo de los años 30, no tengo más prejuicios que, por supuesto, los de un historiador profesional y, en lo posible, objetivo». Despojada del aparato crítico que acompañó a la versión original de esta investigación, el libro contiene una extensa e importante bibliografía y servirá, sin duda alguna, para enriquecer los puntos de vista sobre el panorama político de España en el siglo actual.

■ NELSON MARTINEZ DIAZ.

## LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA (1)

«...la región sigue trabajando de sirvienta» (pág. 3).

Eduardo Galeano denuncia el despojo de que es víctima el continente y muestra los mecanismos de control económico imperialistas, sus métodos y consecuencias.

Este estudio intenta un mejor cono-

(1) Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, Edt. S. XXI; Madrid, 1978.

cimiento del pasado con el fin de actuar en el presente y proyectar un futuro distinto. Pero debe tenerse cuidado en no hacer de la historia un repertorio aplicable a cualquier lugar y circunstancia.

Sólo se conocen historias oficiales presentadas como cuentos infantiles, en las que se dividen los personajes en buenos y malos. Pretenden crear una mentalidad conformista y conservadora. Como las escriben quienes detentan el poder, divulgan la ideología que sirve a sus intereses económicos y sociales, a su moral hipócrita y represiva, y usan la cultura como propaganda para perpetuarse en el poder. Sin embargo, la verdadera historia es la que hacen los pueblos.

Cuando Europa «descubre» América, habla del «Nuevo Mundo»; este es un concepto dañino, pues los distintos pueblos de este continente poseían culturas evolucionadas. Los habitantes de América son considerados niños, sobre todo a la hora de tener en cuenta sus derechos y como salvajes no-blancos pueden ser explotados como esclavos.

Es así como gracias al «descubrimiento» decaen las culturas nativas tradicionales, desaparece su arte, su literatura y es avasallada y humillada su religión.

Algunos autores postulan que América estaba habitada desde 10.000 a. C. El indígena era ágil, proporcionado, de estatura media y de buena salud. En la cultura incaica, por ejemplo, el trabajo es un valor casi religioso y el ocio se castiga como el peor de los vicios. La tierra es un bien común y todos los miembros del grupo deben trabajarla. Como contrapartida, la comunidad provee al individuo de alimentación, vestido, vivienda, etc. Se aplican principios de solidaridad, producción y seguridad social, metas que actualmente en Iberoamérica se hallan lejos del alcance de la población.

La colonización realizada por España y Portugal resulta nefasta para los indígenas. Se lleva a cabo con mentalidad conservadora, intransigente, autoritaria. La síntesis de razas se rechaza como un oprobio y la tolerancia religiosa como un pecado imperdonable. Los criterios que imponen son de destrucción y saqueo. Las agriculturas nativas son abandonadas para dedicar al indígena exclusivamente a la extracción de metales preciosos. En esta situación tan desfavorable el «nuevo mundo» es y lo será para el futuro, débil, dependiente y pobre.

En diez años de colonización europea, la población americana es diezmada. Al esclavo se lo marca con hierros al rojo. Las comarcas que